



VII LANBRO BELTZA TOPAKETA

ELEBERRI ETA GENERO BELTZA

PLENTZIA

VII ENCUENTRO BRUMA NEGRA

NOVELA Y GÉNERO NEGRO

2019ko Ekainak 28-29
28 al 29 de junio de 2019

Antolatzaile/Organizan



Laguntzaile/Colaboran



Fotografía: Miguel A. Sánchez. Diseño gráfico: Josevi Blender.

VII Concurso Internacional de Relato Bruma Negra

Convoca: Ayuntamiento de la Villa de Plentzia

Organiza: Revista Calibre .38

El jurado del VII Concurso Internacional de Relato Bruma Negra (modalidad castellano) convocado por el Ayuntamiento de la Villa de Plentzia, compuesto por Laura Balagué, Juan Mari Barasorda, Teresa Suárez, Noemí Pastor y Ricardo Bosque, este último en condición de presidente del mismo, ha decidido otorgar el primer premio a Urbano Colmenero Núñez por su relato “Tengo que dejarlo”, presentado con el seudónimo Boss. Los otros cuatro autores y relatos finalistas han sido:

“El tipo de la gabardina”, de Tomás del Rey Tirado

“Morir por tan poco”, de Mari Carmen Sinti

“Un plan descabezado”, de Juan Carlos Luzardo Morales

“Padre, perdóneme porque he pecado”, de Yolanda Fernández Benito

En Plentzia (Bizkaia), a 29 de junio de 2019

Índice

<i>Tengo que dejarlo</i> , Urbano Colmenero Núñez	5
<i>El tipo de la gabardina</i> , Tomás del Rey Tirado	11
<i>Morir por tan poco</i> , Mari Carmen Sinti	21
<i>Un plan descabezado</i> , Juan Carlos Luzardo Morales	33
<i>Padre, perdóneme porque he pecado</i> , Yolanda Fernández Benito	43

Tengo que dejarlo

Urbano Colmenero Núñez

Aparco cerca de la bahía y salgo del coche. El Cantábrico me recibe con un latigazo de luz apaisada. No me acostumbro a la luz nortea. Me desperezo. Arrastro mi deslucido maletín y las ruedas se quejan de la humedad. Como mis huesos. Los ligamentos de mis articulaciones suenan como el crepitar de los troncos ardiendo en una chimenea. Me estoy convirtiendo poco a poco en un ajado recipiente de huesos, tendones, tripas y mierda. Empiezo a sentir los estragos de la edad y me digo que tengo que dejar este trabajo. No es oficio para viejos, tengo que parar. Bordeo el puerto y camino por el paseo de la ría hasta llegar a mi alojamiento.

Apuro el segundo vino y contemplo la fachada azul y blanco de mi hotel. Tres gaviotas evolucionan graznando. Le hago una seña al camarero.

—Póngame otro y deje la botella, pero tráigame algo de comer,

que no quiero que se me enrede la lengua antes de tiempo.

—Por supuesto, amigo.

—No soy su amigo, soy su cliente.

—Disculpe, es una forma de hablar...

—Pues cámbiela. Tenemos un lenguaje muy preciso que no hay que desvirtuar. Hay una palabra o varias para cada cosa.

—Como guste, señor.

El camarero se marcha mohíno y yo me quedo pensando que estoy perdiendo la discreción. Me he vuelto irascible y me pico por cualquier gilipollez. ¿Pero qué coño me pasa? ¿Desde cuándo me hago notar de esta manera? ¿Qué cojones me importa a mí el lenguaje de los demás? Esto no es bueno para mi oficio y lo peor es que me la suda. Tengo que dejarlo.

Soy el único cliente del bar, las otras mesas de la terraza están vacías. Sólo yo, la ría y las gaviotas. Las gaviotas son unos bichos sin gracia, su vuelo es errático y desordenado. La arboleda que bordea la ría me susurra vientos de otros lares. Miro al cielo y por primera vez en mucho tiempo me invade la calima de la melancolía. «La calima de la melancolía», hay que joderse, ahora también juego con la poesía.

De pronto la veo venir andando por el paseo. Me centro. Miro la foto y comparo. No hay duda, es ella. Pelo de fuego, ojos de gata, andares de gata. Los neandertales no se extinguieron, eran

pelirrojos y están entre nosotros. Eran muy fuertes, estaban mejor adaptados al medio... Ya estamos otra vez. Me disperso como un párvulo. No es trabajo para despistados. Después de este encargo lo dejo. Acarreo demasiados muertos en la maleta. En ocasiones me llaman incitantes y me invitan a copas. Son tantos que a veces oigo sus murmullos y sus canciones de borrachos. Juegan al mus y me hacen señas. Envidan. Oigo sus voces. Tengo que dejarlo. El pedido es fácil. Una mujer. Leo el reverso de la foto. ¿Cual es tu pecado, Maite Malone? ¿Qué has hecho, muchacha? ¿A quién le has tocado las pelotas? A un pez muy gordo, seguro. El tipo debe de tener un cabreo inmenso para desear que mueras. Vuelvo a la foto. Pelo de fuego, ojos de gata. Un animal tan bello no debería morir. Nunca. A una mujer así se le perdona todo. De nuevo me voy por las ramas. ¿Desde cuándo me preocupo por el futuro de mis víctimas? Me estoy volviendo un melancólico sentimental. Está decidido: lo dejo. Me centro de nuevo. Mañana es el día. Sé que saldrá a correr temprano, como siempre.

La mañana se despereza entre la bruma. Jirones de niebla ocultan el mar abierto. Observo. Ahí está. Pelo de fuego, movimientos de gata. Hace los estiramientos de rigor y comienza con un trote suave. La veo alejarse. Le doy un minuto de ventaja y tanteo la pistola en el interior del bolsillo de la sudadera. Inicio la carrera. Cruza el muelle y se dirige hacia la bahía. Un rayo de luz se filtra

entre las nubes y rebota en sus zapatillas plateadas. Su pelo se incendia. La sigo. Un golpe de viento me hiela la espalda. Hay algo que no encaja en ese sol manchado de bruma. Me vuelvo y miro a mi alrededor, nadie me sigue. Estoy paranoico. Estoy viejo y chocheo. Tengo que dejarlo. Termino este encargo y lo dejo.

¿Desde cuándo me dedico a esto? Ya ni me acuerdo. Otro síntoma de vejez: cuando no recuerdas el tiempo que has dedicado a tu profesión es que llevas demasiado en ella. Sólo me acuerdo de que al principio era muy selectivo, escogía los encargos según mi particular baremo. Mi ética me permitía ejecutar únicamente a los desalmados, a los indeseables o a los que se escapaban de la justicia ordinaria y no merecían vivir. Después las fronteras se volvieron tan difusas como la verdad y la moral que nos rodea en los últimos tiempos, esa que nos han traído los hijos de puta que dicen que nos gobiernan. Me paro un instante y la miro. Veo que sigue trotando por el final de la bahía y se interna por un sendero entre vegetación que se adivina empinado y solitario. Perfecto para mis planes. El observador que me precedió me ha informado bien. Reanudo la carrera y a los pocos minutos me vuelvo a parar. Me he acercado demasiado y temo que me descubra. Descanso unos segundos y cruzo la playa desierta con paso tranquilo.

Tampoco recuerdo cuándo fue, pero hubo un momento impreciso en el que los límites de selección se borraron definitivamente y todo me dio igual. Los encargos se multiplicaron y anulé toda

discriminación en mi método de trabajo. Dejé de hacer y hacerme preguntas y de separar el grano de la paja. Todo era paja. Mi fama de buen profesional trascendió, la demanda crecía y subí las tarifas. Presintiendo lo que ya me está empezando a ocurrir, ahorré para la jubilación, para ese retiro que ahora se insinúa detrás de una melena roja que remonta la senda a un ritmo que para mí comienza a ser agotador.

La pendiente del sendero aumenta más y más. No la veo. No debo perderla y me esfuerzo al máximo, pero noto que estoy perdiendo ritmo. Ha desaparecido tras una colina cubierta de arbustos. Meto la mano en el bolsillo y agarro la pistola. Ahí lo haré, detrás de la loma. Llego a la cima exhausto. Descanso unos segundos y contemplo el panorama.

—¿Dónde coño...? —Murmuro entre dientes.

Ha desaparecido. La senda serpentea colina abajo, luego remonta otro cerro y se pierde entre la hierba. A mi alrededor solo hay un caos de grandes matojos que me superan en altura. Me ha sacado mucha ventaja, estoy en baja forma. Cuando voy a iniciar la carrera me detengo. Se me eriza la piel. He oído un clic y un punto frío se apoya en mi nuca. Sé que es inútil, que ya nada importa, pero levanto las manos y me vuelvo.

—¿Quién eres, Maite Malone?

—Soy la hija de uno de tus muertos.

Me mira unos segundos. Miro al cielo y no encuentro azul donde refugiarme. Mejor me habría ido si me hubiese dedicado a la poesía.

Sus ojos de gata me disparan.

Los neandertales estaban mejor adaptados, no se extinguieron, están entre nosotros. Mis muertos se ríen. Tres gaviotas cantan. Vuelo y me elevo con ellas. Pelo de fuego. Es lo último que pienso, oigo y veo antes de caer en el sendero sobre el barro de mi propia sangre.

Ahora sí: lo dejo.

Urbano Colmenero Núñez. Nací en 1951, en El Carrascal, una pequeña aldea cerca de Almansa. Durante los primeros años setenta, alterné los estudios universitarios con la publicación de un puñado de artículos en la revista de humor «Hermano lobo» y con la elaboración de daiquiris y martinis en uno de los primeros disco pubs que se establecieron en Madrid. Durante más de treinta años trabajé como diseñador gráfico, profesión que he ejercido con bastante acierto, y no mucha retribución, hasta la jubilación. Durante mi etapa profesional he escrito en decenas de folletos publicitarios, memorias de empresa y otros artefactos destinados a que las cosas se vendan mejor. Hace unos años redacté una guía de senderismo y bicicleta de montaña y fundé el blog «Sureste blues», en donde escribo relatos y reseñas. Podría contaros mi vida como barman, que es más jugosa que la literaria, pero no ha lugar.

El tipo de la gabardina

Tomás del Rey Tirado

Hacía ya demasiado tiempo que esperaba, y el calor era insoportable. La ropa oscura, los cristales tintados, el sudor en aquel infierno aparcado a pleno sol. En el parabrisas, como un inmenso pedazo de papel Albal, el parasol devolvía los rayos que podía y daba el pego de un coche más, inocentemente aparcado. Y yo en el asiento de atrás, sudando y jugando a ser el narrador. Siempre que espero tanto me sorprende narrando en pasado, para entretenerme, para hacer el operativo digno de una novela. Quizás para recordar por qué me hice detective. Creo que la culpa la tuvo Philip Marlowe, pero yo no tengo sombrero, ni nunca he logrado beber tanto, ni soy el tipo duro al que se le insinúan mujeres rubias y fatales de pelo ondulado. Tampoco se me ocurren réplicas ingeniosas, ni me visitan en el despacho tipos peligrosos. Y mi despacho parece el de un asesor fiscal. Cuánto daño han

hecho el aluminio y el Pladur a la estética del oficio. Así que combato el tedio, la enorme rutina sin tiros ni persecuciones con este narrador con que me cuento, que me distrae y viste de literatura mis ratos de vigilancia. Ya quisiera yo que me pasaran cosas interesantes, y peligrosas, jugarme la vida, volver a casa como un héroe, con una herida de bala en el hombro, no es nada, ha sido solo un rasguño y mi mujer pasándome un pañito mojado en no se sabe qué, whisky seguramente, y la bala sonando mucho al caer en una bandejita metálica y la mueca de dolor y su vendaje ancho, resaltando unos músculos que yo no creía tener, y besándome, y la recompensa del sexo para el guerrero. No encontrarme, en cambio, su sonrisa irónica, despectiva, contándome las horas sin horario, el tiempo perdido, se puede saber qué has estado haciendo tantas horas, y yo que solo siguiendo, solo esperando, las horas interminables.

Aquella tarde de verano adelantado –y con aquella quiero decir esta misma, que no conozco ninguna buena novela de detectives escrita en presente– me encontraba vigilando a la mujer de mi cliente. Me da rabia comenzar así mi relato porque parece que le dé la razón a los que siempre que se enteran de mi profesión me preguntan si me ocupo mucho de casos de cuernos. Y no, ni mucho ni poco: este era el primero. Acababa de terminar el asunto del chico: por fin le había podido mostrar a sus padres,

perfectamente documentado, qué coño hacía el muchacho cuando debía estar en clase, y tenía montado en cambio aquel pequeño imperio de menudeo de pastillas, él solo, tan precoz para los negocios, todo un *breaking bad* de Quimicefa. Por no meterme ahora a relatar las minúsculas anécdotas de los asuntos de empresa que son el grueso de mi día día: las investigaciones de collarines, muletas, escayolas de quita y pon y enternecedora picaresca laboral.

El hombre había entrado en mi despacho (ahora sí, ahora el pasado es pasado) con cara de quien se acerca al confesor. Los rodeos, el ruego de discreción, su rebullirse en el asiento me hicieron saber antes de que pronunciase el consabido “mi mujer” de qué estábamos hablando. Me había traído un dossier completo de lo que él imaginaba que yo necesitaría. Casi un *book* completo de la mujer en poses que, francamente, yo no necesitaba ver. Una real hembra, diría mi querido colega Marlowe. Divertidamente rubia, divertidamente de pelo ondulado, divertidamente 90-60-90. La vida me ofrecía aquel primer trabajo de cuernos como un buen chiste. Y me ponía delante, además, al hombre de negocios, siempre de viaje, siempre fuera. Pero nada exitoso, nada seguro de sí mismo, nada prepotente. Un pobre hombre de negocios, que parecía llevar como una losa el asunto, una carga más esa sospecha junto a la cuota de autónomos y el IVA. Le pedí los

datos verdaderamente necesarios, que no venían en su dossier fotográfico. Sus costumbres, sus perfiles en las redes. Algunos datos personales. Y ahora, paciencia, al menos iba a salir de dudas. Me sentía como un médico de UCI que quiere ser profesional, no dar ni quitar esperanzas, pero no prometer mejorías que no ocurrirán nunca. Y al meterme en el Facebook e investigarla, de pronto, algo que me suena en ella. No, no puede ser. Bajo el tinte rubio, bajo la segura operación de pecho, asomaba aquella compañera de instituto con la que yo fantaseaba. Ese ligue que nunca fue. La chica a la que solo me atreví a pedirle los apuntes, una tarde, y los conservé en mi carpeta como un fetiche todo el tiempo que pude. Cómo me habría ido con ella. Cómo sería mi vida ahora si hubiera tenido el valor de sacarle una cita para tomar café y comentarle nosequé de los apuntes.

Pero volvamos al presente, al ahora de mi narración. A esto en las novelas de detectives le llaman *flashback*, y a mí me ha servido para pasar una hora más de espera. Días después de la visita del pobre hombre de negocios, o sea, ahora, me encontraba aparcado frente a la casa. Los sudores. Un compañero me enseñó el truco de la nevera de los chinos agujereada por dos lados, llena de hielo. Y el minúsculo ventiladorcito aplicado a uno de los boquetes. Así podía bajar algo la temperatura del coche sin delatarme, sin encender el motor. Pero el hielo se derretía rápido,

y yo con él. Bebía agua, consumía azúcar en forma de chuches, y todo yo era una masa pringosa y sudorosa, una masa que vigila durante horas una casa ajena. Y mientras mi mujer insistía en el móvil.

—No, mujer, no hay novedad, aquí sigo. Esto es así, ya lo sabes. No hay forma de tener horarios. No puedo seguir hablando, perdona.

Ya lo sabes. Pero mi mujer no lo quería saber. Iba dejando caer tiritos. Tú verás. Mira qué casualidad. Y esas cosas. Ella sola con los gemelos. Ella abnegada y sufriente. Ella con su trabajo de nueve a tres, luego la casa. Y yo con mis jueguecitos de detective, no un trabajo de verdad, como el suyo. Por qué no sería yo un detective solitario y un punto alcohólico y canalla. Por qué tendría yo niños, y extraescolares a las que llevarlos, y una mujer experta en reproches y malas caras. Por qué no tendría yo reales hembras que sacudirme como moscones, por qué no fumaría, y tiraría las colillas a distancia, con gesto contrariado, haciendo catapulta con dos dedos antes de calarme la gabardina y el sombrero y cruzar la calle asegurándome de tener dispuesta la pistola. Por qué ni Bogart ni Marlowe, sino un licenciado en criminología que probablemente nunca se las verá con un crimen. Y por qué una

mujer que me desprecia, que ni siquiera tiene celos, porque no me cree capaz de ligarme una rubia de pelo ondulado en un bar de mala muerte, Sam, ponme lo de siempre, y otro de lo mismo a esa rubia. Pero no llego al primer sorbo, me lo impiden las risas de fondo, que vienen de la mujer que acaba de entrar empujando dos niños iguales vestidos para kárate. Por qué mi mujer se ha metido de pronto aquí en mi cabeza narradora, que sueña despierta, por qué mi mujer se ríe de mí ahora aquí dentro, mientras los niños entrenan golpes de kárate encaramados a la barra, y ella se carcajea, si tú no puedes ni conmigo.

El tiempo seguía pasando, mientras yo desvariaba, me lamentaba y me derretía poco a poco. Cómo deseaba saber dónde andaba la rubia ahora mismo y qué hacía. Saber algo más que lo poco que divisaba desde mi ridícula atalaya recalentada, con vistas a una calle semidesierta. a una casa ahora vacía. Ver algo más que señores paseando a perros. Que madres de la mano de niños camino del parque prometido cuando se pasara la hora de la siesta. Ser capaz de acabar el asunto como en aquellas novelas, con un hábil giro narrativo, que pudiese decir “lo que nuestro protagonista no sabía es que al otro lado de la ciudad...” y complicar a la mafia, y escapar finalmente con la chica, que le llevaría, sí, a la perdición. Pero una perdición tan divertida.

Y de pronto, apareció. La mujer volvía a casa. Con su pelo ondulado y sus medidas, la rubia fatal de mi cliente. Y acompañada. Ella con un traje rojo, de raja generosa, medias de rejilla incluso. Él, lo crean o no, con gabardina. De verdad, con gabardina, con la que estaba cayendo esa tarde de casi verano. Les hice fotos, claro. Y el vídeo grabando mientras. Documenté la hora. Desaparecieron dentro de la casa. Revisé las fotos, ya no la luz roja de las pelis bañando las copias de las fotos en líquido fijador, las pinzas de la ropa para sujetarlas y el ajá profesional y cínico. Ahora, en cambio, bastaba con la pantallita de la cámara, con el brillo al mínimo, por precaución. Por más que ampliaba no le veía la cara al tipo. Puedo emplear tipo porque llevaba gabardina, y alguien con gabardina es siempre un tipo. Y lo de la raja interminable, y el vestido rojo, y hasta las medias de rejilla, no faltaba ni un detalle. Pero qué broma era esta. Quién hace un baile de disfraces una tarde de junio. Y la complicidad evidente, la mano de él sobre los hombros de ella. Protector, masculino, un anuncio de colonia.

Seguí esperando. Una persiana se bajó en lo que yo tenía identificado como dormitorio. Correr de visillos y cortinas. Que no tarden, Dios mío, una cosilla rápida antes de que yo me cueza en mi propio jugo. Vamos al grano muchachos, dejad los preliminares por Dios, que no es momento. Y no, no iba a

ponerme yo ahora a fantasear con esa rubia que tal vez pudo ser mía. Solo quería que acabaran pronto.

Mi mujer insistía. Ahora por Whatsapp. Que a qué hora iba a dignarme. A dignarme. Y vuelta a lo mismo. Recuento de lo que ella había tenido que hacer aquella tarde. Y yo no. El detalle minucioso de las tareas que le debía, de mi ausencia escandalosa, de mi falta de compromiso. Y la culpa, antes tan eficaz para sentirme unido, en deuda, que se me iba disolviendo como un pegamento reseco, ya gastado, inútil.

La espera. La espera. Más espera. Pasó un perro tirando de una señora. Se meó en la rueda de mi coche, dónde si no. Ladró un rato, probablemente a mí. El coche de delante se fue. Cinco minutos después, el enorme monovolumen que quería meterse por narices en el hueco. Y yo teniendo que aguantar un par de toques, y no salir a cagarme en todo, seguro que tenía una bolita de esas de remolque, que me ha dejado señalada la matrícula. La espera. No hay tiros, ni épica. Solo la espera en jugo de sudor y chuches.

Habían pasado ya tres horas. Una tras otra, en fila. Pero por fin salió el tipo de mi rubia. La despedida en la puerta, ya inequívoca y fotografiada. Y ahora que salía podría hacerle al fin fotos de

frente. Llevaba la gabardina en la mano. Me alegré de encontrar al menos un poco de coherencia climatológica. Encendió un cigarrillo en la misma puerta. Gracias, así podía sacarle mejores fotos, ahora que empezaba a anochecer tímidamente. Cruzó la calle. Comprobé aterrado que se acercaba demasiado, como si supiera algo. Me agaché aún más. Menos mal que yo estaba en el asiento de atrás. Menos mal la ropa oscura, mis precauciones. Solo tenía que esperar a que pasara de largo. Pero no lo hizo. Sentí cómo sacaba las llaves. Cómo abrió la puerta del coche y se sentó, tan natural, en el asiento del conductor. Quitó el parasol, puso en marcha el coche y ¡al fin! el aire acondicionado. Encendió la radio y cantó casi a gritos la canción de moda, conduciendo despreocupadamente. Y yo, agazapado detrás, camino de mi propia casa, aún pude apurar lo que me quedaba de narración agrandando en el visor de la cámara la foto del cigarrillo, para descubrir mi propio rostro iluminado por el mechero. Pensé entonces qué le iba a decir al cliente. Y cómo explicárselo todo a mi mujer.

Tomás del Rey Tirado. Nacido en Madrid y afincado en Sevilla, es licenciado en Filología Hispánica. Es profesor de Lengua y Literatura Españolas. También es director de un grupo de teatro juvenil desde hace más de 20 años.

Ha sido galardonado y seleccionado en varios concursos de poesía, relatos y microrrelatos, entre los que podemos señalar “Poeta de Cabra” (finalista), III Premio de Relatos Ciudad de Sevilla (finalista) “100 instantes en un santiamén” (editorial el Libro

Feroz) (finalista), ganador mes de diciembre en el VIII concurso de microrrelatos de la biblioteca Esteve Paluzie de Barberà del Vallès, accésit en el concurso de relatos con motivo de las fiestas de exaltación del Guadalquivir (Sanlúcar de Barrameda), seleccionado en los premios de Poesía Luz (Ayuntamiento de Tarifa), V concurso de microrrelatos de Godella (finalista), concurso microrrelatos de ENTC (seleccionado) o los juegos florales en honor de la santa cruz (hermandad de Vera Cruz de Sevilla). Ha recibido también diversos premios en el ámbito teatral (como director y como creador y adaptador de textos). Ha publicado en diversas antologías de cuentos, microrrelatos y poesía. La última de ellas con Triskel: “Atrasis, vol. II”.

Morir por tan poco

Mari Carmen Sinti

—¡¡Ábreme, por lo que más quieras, déjame entrar!!

El Granos, un chaval al que aún le hacían falta unos cuantos cumpleaños para madurar, aporreaba la puerta de una forma inmisericorde, como si le fuera en ello la vida. Me apresuré a abrirle y franquearle la entrada. Entró en el piso pasando por mi lado como una exhalación. Cerré la puerta y me giré hacia él, que se había quedado en medio del salón. Era un puro manojo de nervios.

—¿Pero qué...?

—Escóndeme, por favor. Quieren matarme.

—¿Pero quién? ¿¿De qué me estás hablando??

Mi tono de voz iba in crescendo equiparándome al del Granos, que estaba histérico y me estaba poniendo a mí.

—De los hombres del Mariscal. Si me pillan soy hombre muerto.

—¡Pero desgraciado! —Este tío era tonto. Más que tonto, inconsciente—. ¡¿No te das cuenta de que si te encuentran aquí nos matan a los dos?! Sin preguntar, sin darnos la oportunidad de explicarnos. Ni siquiera importa que yo no tenga nada que ver con lo que hayas hecho. Por cierto, ¿qué has hecho?

—Nada, te lo juro, nada. Ellos dicen que yo la violé, pero no lo hice.

—¿Qué me dices? ¿¿Violación?? ¿¿A quién has violado, desgraciado??

—¿Lo ves? Tú también me acusas, y no le hice nada, lo juro...

El Granos estaba cada vez más nervioso. Ahora se había puesto a llorar y, apoyado en la pared, se dejó caer hasta quedar sentado, con la cabeza entre las manos.

De repente caí en la cuenta:

—¿No te habrán seguido?

En dos zancadas me puse frente a la ventana y miré hacia la calle. Allí, bajo la farola estaba el Miky, apodado el Minero porque, decían, cobraba plata y soltaba plomo. Lo reconocí de golpe, encendiéndose un cigarrillo mientras miraba directamente hacia

mí. No tuve la suficiente agilidad para esconderme antes de que me viera. ¡Joder! Tendría que haber pensado con más calma y haber apagado la luz antes de mirar con cuidado tras la cortina. ¡¡Mierda!! Ya no había nada que hacer, estábamos perdidos. ¡¡Joderjoderjoderjoder!!

Cabreado y fuera de mí, me planté delante del insensato del chaval, lo cogí de las solapas y lo icé hasta que su cara quedó frente a la mía.

Le espeté con rabia:

—¡Ya me estás contando qué es toda esta movida! ¡Si he de morir tragándome tu mierda, quiero saber qué cojones has hecho!

—Nada, te lo juro... No he hecho na...

No le dio tiempo a acabar la frase. La bofetada que le planté le abrió el labio y la sangre me salpicó la cara.

—Segunda oportunidad. ¡Dime por qué cagada tuya he de morir!

—¡Te lo juro, yo no he he...!

Esta vez fue la ceja la que se abrió de mi puñetazo. Lo solté. El chaval estaba en el suelo, sangrando como un cerdo.

—Mira, gilipollas —Intenté calmarme y hablar con una voz moderada, pero solo conseguí que mi tono amenazador le helara la sangre—. Es la última oportunidad que te voy a dar. Si no me cuentas ahora mismo qué significa todo eso de la violación y qué

le has hecho al Mariscal que le ha cabreado tanto como para que te mande a sus esbirros, cuando entre aquí el Miky y nos dispare a bocajarro, se encontrará que ha vaciado su cargador en un hombre ya muerto.

—¿El Miky? ¿Está aquí el Minero? —El Granos estaba a punto de bloquearse. Temí que se meara encima del miedo.

—Sí, el mismo. Abajo lo tienes, en la calle. ¡Ya sabe que estás aquí porque has sido tan imbécil de dejarte seguir! ¿Pero por qué seré tan gilipollas? ¿Por qué no me protegeré de estos idiotas y he tenido que abrir la puerta antes de preguntar nada? Ahora moriré por cualquier barbaridad que hayas tú hecho...

—No fue ninguna barbaridad. Te juro que solo le acaricié una teta.

Me quedé como un pasmarote, delante de él, con la mandíbula tan abierta que a punto estuvo de desencajarse.

—¿Pe... pe... pero qué me estás contando? ¿A quién le has tocado una teta que al Mariscal le haya sacado de quicio? —logré balbucir. Esto era surrealista. No daba crédito a lo que estaba escuchando.

—A Lola.

—¡¡Dios!! ¿¿A Lola?? ¿¿A la hija del Mariscal, a esa Lola?? ¿¿Has violado a Lola??

—Sí, es esa Lola, ¡¡pero yo no la he violado!! Solo le toqué la

teta.

¡Mierda, mierda y mierda! ¡¡Una teta!! ¡Nos iban a matar por tocarle una maldita teta! Pero claro, es que esa teta era la de la hija del Mariscal, una adolescente tan guapa como caliente, con fama de calientabraguetas... ¡¿Pero cómo podía ser el Granos tan imbécil?! ¡¡Una teta!! ¿Iba yo a morir por una mierda de teta?

—O me explicas ahora mismo lo que pasó o aquí mismo te rajo, abro aquella ventana y te tiro a los pies del Minero para que te remate y lleve tu cabeza al Mariscal.

—Anoche acompañé, por encargo del Mariscal... a Lola a su casa tras la fiesta de gala a la que asistió. Ella se me insinuó, se abrió la blusa... y me enseñó las tetas y yo, pues bueno... está tan buena... me puso como un berraco... y no reaccioné a tiempo. —El Granos tartamudeaba, estaba acojonado al mismo tiempo que a punto de echarse a llorar—. La rechacé, le dije que parara de hacer aquello... pero ya se la había tocado. Se arrimó tanto, se restregó por mi polla... estaba muy caliente... entiende, no me pude resistir a tiempo. —Empezaba a cortársele la voz, unos quejidos en la garganta—. De repente, mientras se la tocaba y ella me metía la lengua en la oreja, tuve un rayo de cordura... la retiré de mí, la dejé en la puerta de su casa y me largué. No sé más. Llegué a casa, me hice una paja y me quedé dormido. Y esta mañana ellos dicen que a la Lola la han violado... y que he sido yo. —Había empezado a llorar—. Te lo juro, cuando la dejé estaba bien. Con

cara de cabreo por el rechazo, pero intacta. Te lo ju...

¡Otra hostia saliendo de mi mano y haciéndolo rodar por el suelo!

—¡El que te juro soy yo, que si vuelves a decir esa palabra, te quiebro los huesos uno a uno! ¿Serás desgraciado? ¿El Mariscal poniendo precio a tu cabeza y a ti no se te ocurre otra cosa que esconderte en mi casa para que nos maten a los dos simplemente por una teta? ¡Ah, no! Yo no muero por algo tan ridículo...

—Pero si tú sales, si le explicas al Minero que yo no he hecho nada, que fue ella la que se me insinuó, que...

—¡Pero este tío es subnormal! ¿Qué te crees? ¿Que el Miky tiene órdenes de ponerse a conversar tan ricamente? ¿Qué hago? ¿Le invito a subir y que se tome unas cervezas con nosotros y después de explicarle todo eso que me has contado nos echamos unas risas?

—No sé, yo...

—¡Cállate inútil, más que inútil! Tu historia no me la creo ni yo.

—Lo cogí de nuevo, lo levanté del suelo donde estaba desde que cayó por mi última hostia, sangrando por la ceja y el labio, soltando babas y lágrimas.

Lo senté en una silla en medio de la habitación y empecé a dar vueltas a su alrededor. Él me seguía con la mirada, acojonado, sin saber por dónde le iba a llegar la próxima.

Fue desde detrás, sin avisar, un guantazo en la oreja que lo

desestabilizó y sonó como si le hubiera dado a un saco lleno de tierra.

—No me engañas, tú no paraste solo con lo de la teta... Lola te puso tan caliente que se lo hiciste allí mismo, en la puerta de su casa.

—¡Nooo! ¡No le hice nada, te lo...!

¡¡Segundo guantazo!! No quería darle tiempo a reaccionar. Ahora era yo el que tenía la sartén por el mango.

—¡Hijo de puta mentiroso! ¡Eres un pedazo de animal, violador, embustero y además asesino! ¡Por tu culpa me van a matar, hijo de perra! ¡¡No vuelvas a abrir la boca si no te lo digo yo, desgraciado!!

El Granos hizo un amago de decir algo, no le di tiempo ni siquiera a contestar que vale, ni que lo había entendido, ni que se iba a callar. Le arreé otro mamporro que le hizo caer de la silla rodando por el suelo. Antes de darle tiempo a reaccionar, lo cogí de los hombros y lo volví a sentar en la silla, soltando un quejido.

Me puse delante y le miré a los ojos. Tenía los labios apretados en un intento de no emitir nada, ni un leve sonido que provocara en mí más ira de la que ya tenía.

—¡Lo hiciste, asiente! ¡Di que es verdad, que lo hiciste!

—Pe... pero yo no...

¡¡Hostia!!

—¡Lo hiciste! No pudiste dejar de ponerte cachondo con la Lola delante, medio desnuda, que se te estaba ofreciendo, tan hija de puta ella, con esas tetas, y esa boca diciendo que la hicieras tuya, y no te resististe.

—Hmmm... —El Granos no se atrevía a decir que no. Pero tampoco decía que sí.

¡¡Hostia!!

—La cogiste de la cintura, te la arrimaste y restregaste sus tetas por tu pecho mientras con las manos le levantabas la falda y le cogías del culo. La apretaste tanto contra ti que le hiciste hasta daño. Y ella empezó a asustarse de verte como un animal. Jadeabas, estabas como loco, te estaba volviendo una bestia, aquella piel tan blanca, aquellas curvas que te hacían babear, aquel coñito que estabas deseando ensartar con tu polla ya a punto de reventar...

—Es que...

¡¡Hostia y otra hostia!! El Granos sangraba por la nariz ahora también. El ambiente se estaba caldeando, la adrenalina supuraba por los poros, tanto de los suyos como de los míos. Yo hablaba cada vez más fuerte, le gritaba las palabras, le salpicaba de saliva.

—No pudiste más, tu instinto animal te cegó, necesitabas follártela allí mismo, no pensabas ni que era la hija del Mariscal...

¡O sí, precisamente por eso lo hiciste, para joder al mariscal!

¡¡Para joderlo vivo!! ¡¡Hijo de perra, lo hiciste por eso!!

—¿¿Pe... pero qué estás dic...??

¡¡Hostia, hostia y hostia!! No era el momento de echar atrás, ya era casi mío. Casi, casi mío. Lloraba desconsoladamente, no sé si de impotencia, rabia o miedo. Lagrimeaba y moqueaba, pero yo no iba a soltar la presa.

—Y allí mismo contra la pared la apalancaste y por detrás se la clavaste hasta el fondo, embistiéndola como un toro, como una bestia salvaje, gritando ¡que te den, que te den, que te den por culo, Mariscal!

—¡¡¡Síííí!!! ¡¡Lo hice, la violé, me la follé, me folle a la Lola y al padre que la hizo!! ¡¡Me los follé a los dos, a una por el coño y al otro por el culo!! ¡¡Mejor que por el culo!! ¡¡Me follé a su hija para que reventara de rabia, para que se jodiera, por mamonazo, por hijo de puta, desgraciado!!

La habitación se había convertido en un putito infierno, el calor que desprendían nuestros cuerpos, nuestras venas, hacían de aquella habitación una puta olla a presión.

—¡¡Y mientras lo hacías, mientras te follabas a su hija, te reías!!

¡¡Te reías y te corrías!!

—¡¡Me corría, síííí!! ¡¡Como nunca antes me había corrido!!

¡¡Como nunca más volveré a correrme!! ¡¡Toda mi corrida para el

loco majadero hijo de puta de Mariscal!! ¡¡Y más corrida para el Minero, su esbirro, el imbécil que le lame el culo cada día, que le chupa la polla cuando se lo pide, que se come su mierda, toooda la mierda del puto Mariscal, la que nos hace solucionar a nosotros, los memos que le rodeamos, que aceptamos sus limosnas, lo más miserable mientras él y su hijita, la calientapollas esa, viven como reyes, en ese pedazo de casa, con esos lujos y esos coches, con toda esa mierda de riqueza que les rodea, y nosotros haciéndole los recados!! ¡Que si llévame a mi hija aquí, que si tráela de allá...!

—Sí, esa putita. Te toca a ti siempre hacerle los recados de la guarrilla esa. Que parece que lo haga queriendo el Mariscal para provocarte con ella, poniéndote delante un dulce que encima no te deja tocar. ¡Será hijo de puta!

El Granos se había zafado de mis manos, se había puesto de pie y estaba recorriendo toda la estancia, fuera de sí, haciendo aspavientos con las manos, gritando desaforadamente, soltando mala leche visceralmente por los ojos y la boca.

—¡Y la niña mirándome, pidiéndome que le arranque la ropa, que la desnude y que la magree, que la reviente por todos los agujeros que tiene, que le meta la polla en la boca y se la llene hasta que se ahogue! ¿Cómo no iba a acabar haciéndolo? ¿Cómo no la iba a empotrar contra el muro de su casa? ¿Cómo no iba a darle lo que jamás en su vida se imaginaba que le iban a dar?

—¿Y qué gritabas, Granos?

—¿Qué gritaba? ¡¡Putá, le decía!! ¡¡Putá más que puta!! ¡¡Ten lo que te mereces!! ¡Y díselo a tu padre, que el menda te ha follado como nadie te va a follar jamás! ¡Y que me cago en él y en toda tu familia! ¡Que me follo a su hija para darle por culo!

Y empezó a reír, primero fue una risa nerviosa que se fue haciendo cada vez más fuerte, y más y más fuerte, hasta convertirse en carcajadas, histéricas, de locura. Y me uní a él, y reímos como jamás habíamos reído, como nunca más íbamos a reír. Y pusimos nuestras manos en los hombros del otro, nos miramos a los ojos y seguimos riendo, soltando lo que llevábamos dentro, rabia, enojo, furia, desazón, temores y miedo. Mucho miedo.

Agotados, apoyamos la espalda en la pared y fuimos deslizándonos hacia abajo hasta quedar sentados en el suelo. Y poco a poco nos callamos. La habitación que segundos antes había sido un hervidero, una bacanal, el averno mismo, se fue enfriando convirtiendo la estancia en lo que era en estos momentos: el escenario de un futuro cementerio, en tinieblas con la llegada del anochecer.

Ya faltaba poco, en breve escucharíamos la puerta y, a continuación los disparos. O no. Ni eso. Igual El Miky entraba silenciosamente y descargaba su munición a través del

silenciador. Para el caso era lo mismo. De allí no salíamos sino con los pies por delante.

Con la respiración desacompasada aún, intentando regularla al mismo tiempo que una extenuante debilidad se apoderaba de mí, cerré los ojos y musité:

—¿Lo ves, Granos? ¿Valía la pena morir solo por haberle tocado las tetas?

Mari Carmen Sinti. Nacida en Cádiz y residente en Barcelona, dedica su tiempo de ocio a leer, escribir y coordinar un foro de lectura. Colaboró durante tres años en un programa radiofónico con una sección literaria y actualmente dirige el programa *Lletres i música* en Radio Sant Cugat. En 2018 publicó su primera novela, *Sudor frío*.

Un plan descabezado

Juan Carlos Luzardo Morales

Todo estaba preparado para realizar el atraco, en el calendario estaba señalado el día trece como la fecha indicada. El Pulpo, Cabeza de león y el Mierdecilla formaban mi equipo para el plan, llevábamos semanas organizándolo meticulosamente. La cosa era bien sencilla: Paco, el Mierdecilla, entraría por urgencias fingiendo encontrarse mal, no sé, podría sufrir una intoxicación o que le dolía la barriga. Aunque, pensándolo bien por eso no te ingresan en urgencias.

—Eh, Paco, ¡ven un momento! —le grité a Paco, que se estaba liando un porro—. Chicos, coger las porras, tenemos trabajo.

—¿Qué tengo que hacer ahora?, ¡me tenéis hasta mis santísimos huevos! —Se acercó a regañadientes con paso lento y cansino.

—¡Puto retrasado...! —Le llovió una lluvia de porrazos que lo mandó de cabeza a urgencias.

Después de llamar a una ambulancia y explicar que se había caído por la escalera, el enfermero nos miró desconfiado por el

estropicio y la sangre que brotaba de su cabeza. El primer punto ya estaba solucionado: tenemos a nuestro cebo en urgencias.

Pasemos al siguiente tema. Dani, el Pulpo, iría a visitar a nuestro señuelo y localizaría la sala de donaciones que se encuentra en la planta de urgencias. Se aseguraría del recorrido hasta la cámara frigorífica y se las agenciaría para contactar con alguien del personal, a ser posible mujer, por algo tenía el apodo de Pulpo. Una vez se la hubiera tirado las suficientes veces para convencerla de que era un tipo con un gran dote amatorio, esta caería como una ninfómana en sus brazos.

Ya me imagino a la menda esa diciendo:

—Oh, oh, dame más... fuerte trabuco me estás metiendo, puto negro, me vas a partir en dos.

Ya sé que lo de “puto negro” sobra, aunque queda bien. Además, Dani es un negrata de cojones; siempre está haciendo trampas y diciendo que él podía haber nacido en África, aunque es más blanco que la madre que lo parió. Se follaba todo lo que se moviera con bragas a su alrededor. Ya en el colegio la profesora lo acompañó al baño, y cuando sacó su chorra para mear, a ella casi le da un infarto:

—¡Oh...! Dani, que cosa más hermosa tienes entre las piernas.

Y se dedicó a acompañar a Dani al baño el resto del curso. Cuando terminaba de sacudírsela ella se ofrecía a limpiársela con

la boca. Dani descubrió que su verdadero poder lo tenía guardado dentro de sus pantalones. Se corrió la voz de que la tenía como un caballo y nunca le faltaba una chica para un favor o varios.

Una vez conseguido el acceso a la cámara acorazada del semen, entra en escena nuestro doctor Cabeza de león, Rico, se pueden ser unos padres más hijos de puta. Al pobre niño le pusieron Rico, las burlas en el colegio fueron constantes. Que si Rico invita a unas birras, que si Rico cómprame eso, que si te la chupo Rico... qué Rico que la tienes. Una cagada de nombre.

El desgraciado nunca llevaba un jodido euro en el bolsillo ni para sonarse los mocos, lo de Rico se le quedó muy grande. Sus padres querían que estudiase medicina y acabó siendo el puto amo, el camello del barrio, eso sí, lapidaba en mujeres y fiestas todo lo que llegaba a sacar. A lo que íbamos, la misión de Rico era sacar la muestra de semen del laboratorio, sin levantar sospechas, cuando el Pulpo le dejara la puerta abierta o le entregara una copia de la llave.

No íbamos a llevar armas, pero si unas cachiporras y unas pistolas eléctricas por si algo se complicaba. Cómo se me ocurrió a mí donar semen en un hospital público, cuando soy uno de los criminales más buscado por la policía. Hay que ser muy pero muy gilipollas para semejante estupidez.

¿Y cómo terminó mi maravilloso proyecto?, pues ahora mismo os

escribo desde la celda número ciento trece del pabellón de máxima seguridad de la Alcalá-Meco.

Pues esto fue lo que ocurrió:

El Mierdecilla entró en parada cardiorrespiratoria en urgencias y falleció en la sala de operaciones por los golpes recibidos. El Pulpo se enamoró de una puta yonqui que lo convenció, esa misma noche, para robar toda la morfina que había almacenada en la farmacia del hospital. Los encontraron en un coche, muertos por sobredosis. El Cabeza de león, que era el más avisado del grupo, llegó a entrar en la sala donde se almacenaba el semen, se puso tan cachondo con aquellos botecitos, que se dedicó a hacerse pajas desnudo por todo el recinto, hasta que lo pillaron los seguratas y lo molieron a hostias.

Aun así, había sobrevivido a la brutal paliza, se habían ensañado con él de mala manera. Lo ingresaron en una habitación vigilada las veinticuatro horas, en la planta sexta del hospital. Esa noche se despertó soñando y gritando que lo querían matar. Uno de los vigilantes entró en la habitación y encontró la cama vacía, cuando se quiso dar cuenta Rico empuñaba su arma y le apuntaba a la cabeza.

La situación era tensa, su otro compañero había ido al baño y llegaría de un momento a otro. Rico lo miraba sonriendo y aturdido por su mal estado.

—¡Desnúdate puto madero! —le dijo al menda tartamudeando—.
¡Los calzoncillos también!

Este obedeció sin rechistar, sabiendo que estaba ante un perfecto loco al que habían dejado para el arrastre.

Su compañero entró como un vendaval en la habitación, intuyendo que algo andaba mal, con tan mala suerte que la puerta le golpeó en el brazo a Rico, este disparó su arma por error volándole los huevos al pobre desgraciado. El otro de la sorpresa intento sacar su arma, se apuró, su dedo se trabucó en el gatillo de la pistola y se voló de un tiro la pierna.

El espectáculo era dantesco, los dos gritaban como cerdos, la sangre lo salpicaba todo. Rico se puso la ropa de segurata y se marchó del hospital robando una ambulancia.

Yo esperaba fuera, fumándome un cigarrillo apoyado en mi furgoneta Volkswagen color rosa, idea fantástica del Mierdecilla, que se la compró a unas putas por un par de mamadas y un intercambio de drogas. En uno de los laterales había un eslogan que decía:

Si me follas y me pagas soy la reina de tus fantasías.

Pero algún gracioso había borrado la letra “a” de “pagas” y había puesto en su lugar una “e”, Y ahora la cosa era bien distinta:

Si me follas y me pegas soy la reina de tus fantasías.

Eso fue suficiente para que una pareja de la policía nacional se

acercara como moscas a una mierda, y ahí estaba yo, sin saber qué coño estaba pasando con mi pandilla de inútiles tarados.

—Hola caballero, buenas noches. ¿Es suya esta furgoneta?

—Sí, es mía, ¿por qué lo preguntan? —dije alterado.

—Pues para empezar está en una línea amarilla y en segundo creo que está llamando demasiado la atención.

—De acuerdo, ya la retiro —les dije impaciente por marcharme.

Desde la radio del coche patrulla se escucha: *código 3, se ha producido un tiroteo con heridos en el Hospital Dr. Lafora. Creemos que su cabecilla está por los alrededores del hospital.*

Yo me subí a la furgoneta a toda pastilla, hasta que uno de los agentes dijo:

—Ya sé quién es este canalla, es Bartolo, Cara de niño.

¡Su puta madre!, me había reconocido. Uno de los agentes desenfundó su arma y me pidió que saliera del vehículo.

Al fondo una ambulancia venía hacia los agentes a toda pastilla con las luces de emergencia y la sirena puestas. Los agentes no se percataron de que iban a ser arrollados.

Los embistió con tal fuerza que los cuerpos fueron lanzados por el aire varios metros. Al volante iba Rico, que se reía con una mueca estúpida. Me pidió que subiera, yo solo pensé:

«La hemos cagado, con esto me caerá la perpetua, si no me matan

antes».

Salimos echando leches de aquel desastre. La ambulancia tenía todo el parachoques destrozado, había restos de sangre y tejidos, llamaba mucho la atención.

Por el camino Rico me contó su historia en la sala de muestras de semen, omitiendo ciertos detalles que luego me contaron. Y su desenlace en la habitación con los guardias.

Todo era una puta locura, dos seguratas heridos y dos policías muertos, iba camino de la silla eléctrica o algo peor. De Dani y Paco no sabíamos nada. Teníamos que deshacernos de este trasto o acabaríamos los dos muertos. Nos detuvimos en una gasolinera para trazar un objetivo. Lo primero era cambiar de vehículo y de ropas, pues Rico daba el cante a kilómetros. Y yo con este chándal de mierda, me hacía parecer un jocosito con menos elegancia que un pirulí.

Entramos a la cafetería para tomarnos algo, pues estábamos sedientos, pedimos dos cervezas y unos calamares. Rico bebía como un poseído y comía como si se le fuera la vida en ello.

—Tranquilo, Rico, tenemos que mantener las apariencias —le dije con serenidad.

—Mis cojones estoy tranquilo, esto se nos ha ido de las manos.

—Bueno, a ti se te ha ido también de los pies —dije con sorna.

—¿Qué querías que hiciera? ¿que les pidiera por favor que no te

apuntara con aquella pipa? Si no los atropello ahora estarías camino de la cárcel o con un tiro en la cabeza.

—Pero ahora media ciudad nos estará buscando —sentencié.

En la tele daban las noticias, ya hablaban del tiroteo que se había producido y el atropello mortal a los dos policías. Todo el personal allí reunido estaba atento a lo que decía la chica del telediario. Describieron un vehículo ambulancia, que si te fijabas bien por la ventana era el mismo que estaba aparcado allí mismo.

Un tipo mayor con barba blanca cogió su teléfono y nos miró. Rico se puso nervioso y sacó el arma de detrás de su camisa. El muy chiflado la traía consigo. Esto ya no había quien lo parase.

—¡Eh, viejo!, ¿qué coño haces? Me ves cara de imbécil, suelta el puto teléfono.

Este obedeció casi a punto de llorar, no se oía absolutamente nada, todos se habían quedado petrificados. Hasta yo no sabía qué hacer en aquel momento. Nadie decía nada, un silencio sepulcral cayó como una losa sobre nuestras cabezas. La camarera bajó su mirada, y se agarraba la tripa, la pobre se estaba haciendo pis encima del miedo.

—¡Joder!, vamos a tener que matarlos a todos —dijo Rico fuera de sí.

Realmente la paliza que le dieron lo había vuelto demente o un asesino en serie. Me quedé mirándolo un buen rato.

—Cálmate, Rico...

Se oyeron miles de sirenas que, en cuestión de segundos, inundaron todo el solar de la estación de servicio. Los agentes se colocaron detrás de sus vehículos con sus armas encañonando la cafetería.

—¡Tírense todos al puto suelo, ya! —ordenó Rico.

Ahora sí que estábamos atrapados como dos ratas en una jaula y rodeados por un ejército. No nos quedaba otra salida que entregarnos o la cosa se convertiría en una guerra sin cuartel.

Rico se movía de un lado para otro con la pistola en la mano, y se golpeaba la cabeza.

—¡Agáchate Rico, te van a pegar un tiro! —le grité demasiado tarde.

Boom... la bala entró por la ventana rompiendo en mil pedazos el cristal, oí cómo pasaba zumbando hasta que se produjo el estallido de su cabeza y los sesos de Rico se esparcieron por el pavimento manchando mis ropas.

Me quedé tan impactado y noqueado por la visión, que no tuve fuerzas para levantarme del suelo. Un megáfono pitó en el exterior.

—¡Bartolo, te habla la policía, estás rodeado, sal con las manos en alto!

Tumbado en el suelo le pedí a la camarera una cerveza fresca, pues pasaría mucho tiempo hasta que pudiera volver a reconocer su sabor. Esta me miró con desprecio y asco y me hizo un corte de manga.

Ahora sentado en mi celda, recordando todos estos detalles, me río de aquel drama y me pregunto si no hubiera sido más sencillo haber rellenado un impreso para retirar la muestra de semen, alegando una enfermedad contagiosa. Voy a echar mucho de menos a mis fieles compañeros de infancia y correrías. No se merecían haber muerto de esta forma tan poco ortodoxa.

Juan Carlos Luzardo Morales. Nací en Teguiise, un pueblo de la isla de Lanzarote. Allí viví una parte de mi infancia y mi niñez. Un día la vida se me torció de golpe, mis riñones se habían parado y tuve que entrar en hemodiálisis. Tuve que aprender a sobrevivir con dieciséis años, a entender el mundo y sobre todo mi propia vida y el sentido para seguir existiendo. Hasta que una noche mi alma comenzó a derramar todos esos sentimientos en una arrugada agenda. Descubrí que sentía la poesía y a través de ella me sentía vivo y sentía que podía decirme a mí mismo, “no hay nada perdido, todo es posible”. Y las palabras me salvaron el alma. Años más tarde me apunté en un taller de literatura y todas aquellas historias y sentimientos reprimidos salieron de mi cabeza como un torrente de agua.

Actualmente publico mis relatos en <https://www.literautas.com>, foto-relatos en <https://palabrayverso.com> y mis poesías en <http://www.mundopoesia.com>. Publiqué mi primer verso en el libro: "Lágrimas de despedida", del Centro de Estudios Poéticos en el año 2008. Mención de Honor en el 7º Certamen Poético Rotary Club de Flores 2019, con el poema “Hojas de Recuerdo”. Colaboro y participo en diversos proyectos literarios.

Padre, perdóneme porque he pecado

Yolanda Fernández Benito

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

—Hace décadas que dejé de creer en Dios, pero hoy necesito sincerarme. Necesito a alguien como usted, que sepa oír, ver y callar, con tripas suficientes para escuchar la confesión de un tipo como yo: un despreciable psicópata y despiadado asesino en serie. Por cierto Padre, ¿todavía guardan el secreto de confesión?

—Sí, es una de mis obligaciones. No te atormentes, tú solo eres un hijo de Dios que se ha alejado del buen camino.

—Déjelo Padre, no se canse conmigo, solo quiero que me escuche. No me arrepiento de lo que he hecho, es más, creo que es la mejor ocurrencia que he tenido en mi vida. Si es tan amable no

me interrumpa. Disponemos de poco tiempo y mi historia es larga.

—Como deseas, hijo.

—Es usted muy joven y no creo que sepa quien soy, o mejor dicho, quien fui. Apostaría que las únicas referencias que tiene son los exabruptos que han escrito sobre mí ese grupo de hienas salvajes que se denominan prensa. No quiero saltarme nada, así que empezaré por el principio.

Nací hace sesenta años en el seno de una familia obrera en una ciudad que crecía a pasos agigantados por la salvaje industrialización que azotaba al país. La mayoría afirma que mi infancia fue terrible, pero ellos no tienen ni idea. Mis padres nos querían con locura y se partieron el lomo para que nuestra vida fuese más cómoda que la suya. Ahorraron hasta la última peseta para dar estudios a sus dos hijos y no les defraudamos. Nuestras notas nunca bajaban de sobresaliente, pero no piense que éramos bichos raros que pasaban sus días encerrados en una biblioteca. Como cualquier niño de la época teníamos nuestra pandilla con la que jugábamos todo el día en la calle.

Gracias a mis excelentes calificaciones conseguí una beca para la Universidad. La ciudad que me había visto crecer se había quedado pequeña obligándome a mudarme a la capital. Allí me instalé en casa de una patrona, una viuda que acogía estudiantes

más por animar su aburrida vida que por dinero. Me trató como a un hijo logrando que me integrase en la gran ciudad sin trauma alguno. Mis años de estudiante universitario fueron los mejores. Acabábamos de estrenar democracia y la facultad de derecho era un hervidero de aspirantes a políticos, cargados de ideales y esperanzas. Eran los años de la movida y todos, en mayor o menor medida, jugueteamos con las drogas y el sexo libre. Pero aun así conseguí terminar la carrera con muy inmejorable expediente.

Padre, le cuento esto para que vea que fui un joven normal y que pasé por aquella época de desenfreno de puntillas sin que me afectase lo más mínimo.

No tardé en encontrar trabajo como abogado laboralista. Me gustaba, pero aquello no me llenaba. Estaba convencido de que aún no había encontrado mi verdadera vocación. A menudo salía con mis colegas penalistas que, entre cerveza y cerveza, se lamentaban de la sordidez de sus casos y de la gentuza con la que tenían que codearse a diario. Les envidiaba, no por un trabajo tan lleno de papeleo como el mio sino por la cantidad de historias macabras que oían a diario. Yo les escuchaba con atención y cuando regresaba a casa anotaba en mi diario hasta el último detalle de aquellas vivencias.

Padre, no ponga esa cara, que aún no hemos llegado a la parte en la que me convierto en un psicópata de libro. No piense que

quería imitar a aquella ralea. Mi única intención era atesorar aquellas turbias historias tan reales como cercanas. Siempre fui aficionado a las novelas de intriga, cuanto más negras mejor. La mayor parte de lo que había en el mercado era de factura americana y yo quería algo más nuestro, menos artificial. Mi hermano me visitaba de vez en cuando y en una de aquellas visitas le hablé de mi morbosa afición. Hasta me atreví a enseñarle mi diario, sabiendo que él no juzgaría mis oscuros gustos. Después de leerlo me animó a escribir una novela, asegurándome que en aquel diario había buen material. Además, en Barcelona, ciudad donde estudiaba medicina, conocía a un editor que podría introducirme en el gremio.

Y sí, Padre, aquí comenzó todo. Tardé menos de seis meses en escribir mi primera novela. El protagonista era un sagaz detective, chulo y alejado de la perfección de sus colegas americanos. Las tramas envolvían a gente común que vivía en los barrios más castizos de Madrid y no en las zonas adineradas de Los Ángeles. La novela se vendió como churros. Como experto abogado que era conseguí firmar un jugoso contrato con una editorial, incluyendo el compromiso de edición de las siguientes seis entregas de los casos de Pacheco, que así se llamaba el personaje que me catapultó a la fama. Después de la publicación de la tercera edición decidí abandonar la abogacía para vivir de la escritura.

La segunda entrega vio la luz un año más tarde, cosechando un éxito mayor si cabe. Pacheco me convirtió en el escritor de moda. Era reclamado como contertulio en programas de televisión, escribía columnas de opinión para los periódicos más vendidos e incluso me permití el lujo de rechazar una tentadora oferta para hacer una serie de televisión. No estaba preparado para vender su imagen, quería escribir al menos dos entregas más antes de dejar que los medios audiovisuales deformasen y endulzasen al cabronazo de Pacheco.

A duras penas conseguí escribir el tercero. La crítica ya no fue tan amable, aunque mi público era fiel y como tal respondió. El género estaba en auge, para un aclamado escritor como yo no debería ser difícil mantenerse en la ola, pero la verdad es que me hundía sin remisión. Mi fuente de inspiración, aquel viejo diario, se agotó. Mis tres primeras novelas habían fagocitado aquellas sórdidas historias inspiradas en los casos de mis colegas penalistas. Intenté retomar la amistad con aquellos sufridos abogados de turno de oficio pero no contestaban a mis llamadas. Empecé a deambular por los juzgados haciéndome el encontradizo, pero ellos me rehuían conscientes de mi traición. Aun así no capté el mensaje hasta que María, una colega de la facultad, me acusó de farsante y me recomendó que les dejase en paz, que ya bastante les había chuleado. No me quedó más remedio que buscar otra fuente de inspiración. Eso sí, en la cuarta

entrega María se convirtió en la pareja perfecta de Pacheco.

Metí en nómina a varios policías, pero sus casos eran más patéticos y pobres que los que mi estéril imaginación era capaz de parir. La cuarta entrega de los casos de Pacheco llegó tarde y sin calidad suficiente para ser publicada. Aun teniendo que indemnizarme con una buena suma, la editorial decidió rescindir mi contrato. Muy a mi pesar era mejor abogado que novelista.

Si le digo la verdad, Padre, nunca pensé en abandonar la escritura. Me empecinaba en nadar contra corriente convencido de que aquello solo era un bache. En su última visita, mi hermano, el exitoso médico, me ofreció volver a trabajar como abogado para una fundación en Barcelona, pero endiosado como estaba rechacé la oferta. Le acusé de querer alejarme de mi fama e intentar acabar con el ser creativo que llevaba dentro. En su empeño por hacerme entrar en razón me agarró del brazo. Alterado como estaba me solté bruscamente y zanjé la discusión propinándole un fuerte puñetazo. No volví a hablar con él. Menos mal que mis padres ya habían fallecido, aquella ruptura les habría destrozado.

Aun así seguí intentándolo. Con los manuscritos de mis nuevas novelas bajo el brazo recorrí todas las editoriales de la ciudad. Aquellas puertas que hacía apenas una década se abrían de par en par ahora se cerraban en mis narices. Necesitaba resucitar, muy a mi pesar decidí vender a Pacheco. Ya estaba preparado para dejar que un imberbe director de cine destrozase su casposa

personalidad adaptándola a los gustos más refinados de finales de siglo. En aquella productora que en su momento me ofreció millones de pesetas ya nadie recordaba a Pacheco. El joven recepcionista buscó mi nombre en su ordenador sin encontrar referencia alguna. Irritado, le mostré las exitosas novelas que cargaba en mi viejo maletín, pero me despachó sin apenas levantar la vista de la pantalla. ¿Cómo no podía reconocirme? ¡Si mi cara había inundado librerías y kioskos de toda España!

Salí de allí humillado pero con dos ideas claras. La primera, que la educación y el respeto se habían perdido, y la segunda, que debía renovarme, ya que el futuro estaba en aquellas máquinas del diablo llamadas ordenadores. Gracias a mis saneadas cuentas no dudé en invertir parte mis recursos en lograr entender aquellos aparatos. Para mi sorpresa, en apenas unos meses me movía por las redes como pez en el agua. Me reinventé como autor y comencé a impartir talleres de escritura creativa, donde infelices aprendices de escritor vomitaban todas sus ideas pensando que estaban a salvo por no sé qué coño de pacto de respeto entre colegas. Volví a mis inicios retomando la costumbre de utilizar las ideas de otros para mi uso y disfrute.

Reconozco que con gran descaro atentaba contra el séptimo, que ahora se le conoce como plagio. Empecé a escribir relatos cortos bajo seudónimo que publicaba allí donde podía. Padre, le veo un poco inquieto. Con lo que le he contado hasta ahora solo se me

puede acusar de farsante. ¿Dónde está el asesino en serie? No se preocupe que ya queda menos, aún tenemos tiempo.

Las ideas de aquella panda de panolis eran tan pobres y aburridas como sus vidas. Necesitaba otra fuente de inspiración. Las musas estaban cerca y de la forma más inesperada las encontré. En aquellos días fui invitado a una charla sobre la propiedad intelectual y los vacíos legales que rodeaban a las redes sociales. Gracias a lo aprendido me convertí en un moderno saqueador de tumbas, no robaba cuerpos ni joyas como en la época victoriana, simplemente me aprovechaba de los contenidos abandonados en Internet. A fin de evitar problemas legales decidí centrarme en los difuntos. No se asuste, Padre, que esto tampoco va de necrofilia.

A diario consultaba la lista de defunciones en el Registro Civil. Con paciencia introducía aquellos nombres en el buscador, de cuando en cuando encontraba alguna cuenta en redes sociales y en el mejor de los casos hasta un blog más o menos interesante. Seguía aquellas cuentas y blogs hasta que me cercioraba de que estaban abandonadas. En seis meses heredaba aquellas ideas y contenidos que no dudaba en explotar. Así logré recuperar la frescura de mis escritos y gracias a mis nuevas musas me permití el lujo de picar en todos los géneros. Mis publicaciones en la red sumaban seguidores a diario y en las páginas especializadas celebraban mi vuelta. Publiqué varias antologías con relatos más o menos largos y aunque iba por buen camino todavía no estaba

preparado para lanzar una novela que me volviese a encumbrar.

La suerte quiso que aquel desgraciado fuese atropellado por un conductor borracho que se dio a la fuga. La noticia llamó mi atención ya que aquel hombre resultó ser paisano mio y más o menos de mi edad, tal vez habíamos compartido algún balón en nuestra infancia. Arrastrado por una morbosa curiosidad, aunque sin grandes esperanzas, introduje su nombre, por experiencia sabía que los cincuentones éramos poco amigos de airear nuestras mierdas en la red. Pero me equivocaba por completo. El sujeto tenía un blog de lo más jugoso y oscuro, era un fanático de la novela negra criminal de no muy buen gusto. Pasé la noche buceando en el legado de aquel oscuro personaje, leyendo sus tweets y las entradas de su blog. Lo que allí encontré me fascinó y horrorizó a partes iguales.

Necesitaba saber más, descubrir la verdadera personalidad de aquel individuo, cuánto había de cierto y cuánto de pose. No me costó averiguar la dirección de aquella mente atormentada. Con gran sorpresa descubrí que vivía de patrona en la misma calle donde yo había residido nada más aterrizar en Madrid. Volver a pisar aquella vía me trasladó a los olvidados años de juventud en los que el libro de mi vida apenas comenzaba a escribirse. Un tercero sin ascensor en un portal que olía a repollo fue suficiente para saber que él no nadaba en la abundancia. No me hizo falta interpretar el papel de amigo de la familia que venía a recoger sus

cosas. Apenas había terminado de presentarme y ya tenía en las manos dos bolsas grandes y una mochila. La casera me advirtió que en la mochila había un portátil y que no quería líos si se rompía. La poca vergüenza que me quedaba me obligó a pagar a la patrona el mes que aquel desconocido le debía. Estaba convencido de que sería una inversión muy rentable.

Al entrar en mi apartamento me deshice de las bolsas y corrí a mi despacho, ansiaba bucear en aquel portátil y descubrir sus más íntimos secretos. La pantalla azul iluminó mi cara, la de un adulto entrado en años con la expresión que tiene un niño al abrir sus regalos de reyes. De las carpetas que adornaban la pantalla captó mi atención una rotulada como LEGADO. Con avidez la abrí. Contenía diez ficheros nombrados por simples números, del 1 al 10. Como siempre he sido un hombre de orden me decanté por el primero. No me podía creer la suerte que había tenido. El infeliz estaba escribiendo una novela, y aunque el estilo era muy tosco el contenido era impactante. Cuando terminé de leer los diez archivos ya era la una de la mañana. Estaba tan agotado como excitado. Las musas habían puesto en mis manos la mejor novela negra de la década, solo tendría que pulirla para que fuese un éxito. Antes de acostarme exporté los archivos a mi ordenador y guardé el portátil y el resto de sus pertenencias en el altillo de un armario. Por el momento tenía lo que necesitaba para triunfar, prefería no desvelar otros tesoros hasta que hubiese exprimido el

que tenía entre manos.

En tres meses tenía preparada la entrega inicial de lo que sería una trilogía donde se narraba en primera persona la vida de un atormentado psicópata. Alternaba atroces crímenes con sus más íntimas reflexiones y miedos ocultos. En el primer libro contaba su triste infancia y sus primeros crímenes de juventud. Fue todo un éxito, volviéndome a situar en lo más alto de la narrativa española, de donde nunca tenía que haber bajado. Aunque el sector más mojigato de la crítica lo calificó como una sucesión de escenas morbosas y lamentos de un loco de atar, al resto de los mortales le fascinó.

En menos de un año había visto la luz la segunda entrega donde el personaje, ya adulto, había asumido su personalidad homicida. Los cuatro asesinatos de esta entrega nada tenían que ver con las chapuzas de los tres anteriores, estaban perfectamente planificados y ejecutados. Aunque el protagonista no desvelaría su verdadera motivación hasta la tercera entrega, cientos de teorías inundaron las redes. Pero nadie fue capaz de establecer el patrón que regía la perturbada mente de Leandro, que así se llamaba mi nueva criatura.

El tercero fue un hijo deseado, y como tal, mimado por la crítica y el público en general. En él se describían sus últimos crímenes llegando hasta la actualidad. Por motivos obvios, mi pobre amigo no terminó su narración y en su honor decidí que Leandro moriría

atropellado por un conductor borracho. Plagiado hasta el final. Esta vez sí, vendí los derechos del personaje a una productora americana que resolvió mi futuro económico de por vida.

Ya estaba en la cresta de la ola y para mantenerme necesitaba más material. Volví recurrir a mi diario en busca de ideas para mi próximo éxito, pero nada superaba a Leandro. Era el momento de sacar del altillo aquel desfasado portátil y conseguir otro chute de inspiración. Me desesperé abriendo carpetas que carecían de interés hasta que di con una que contenía archivos fotográficos. No era lo que buscaba pero movido por la curiosidad revisé su contenido. No podía dar crédito a lo que veía. Mi cerebro se negaba a procesar semejante barbarie y lo que aquello significaba. Me sentí mareado y vomité. Padre, no se lo va a creer pero aquel don nadie que murió atropellado era mi Leandro.

Aún no me había recuperado de la impresión cuando llamaron a la puerta. La policía me invitaba a ir a comisaría para aclarar algunos datos que aparecían en mi último libro y que guardaban cierta semejanza con casos no resueltos. Indicios que a un juez le parecieron suficientes para emitir una orden de registro de mi casa. No les costó mucho encontrar lo que necesitaban: dos bolsas y un viejo portátil.

Compréndalo, Padre, no podía contar la verdad. Las redes me destriparían en pocos minutos y volvería a caer en la mediocridad. No me quedó más remedio que asumir la personalidad de Leandro

y confesar sus atroces crímenes.

No me mire así, Padre. Tengo sesenta años, aun yendo a prisión, con buen comportamiento a los setenta y cinco estaría fuera. Con tantas sórdidas historias a mi alcance ¿qué mejor sitio para seguir escribiendo? Seguirían hablando de mí, que es lo que realmente importa. Pero como ve, no jugué bien mis cartas. ¿Cómo iba a saber que el novio de mi, perdón, su séptima víctima era el policía encargado de trasladarme a los juzgados? No le guardo rencor por dispararme, sus motivos le dimos. Pero el muy cabrón podía haber acabado conmigo de un tiro en la cabeza. Recuerdo a Pacheco, en su segunda entrega, contando lo dolorosa y lenta que era la muerte por un tiro en el estómago.

-Aguanta, hijo, que ya queda poco.

-Padre, perdóneme porque he peca...

Yolanda Fernández Benito. Nací en 1970 en Valladolid donde aún resido. Licenciada en Económicas trabajo en la actualidad como empleada de banca. Siempre me ha gustado evadirme de la realidad con la lectura. Disfruto sobre todo con géneros como el terror, la fantasía, la ciencia ficción y la novela negra. Recientemente he decidido situarme al otro lado del papel, escribiendo relatos cortos.

En mi corta experiencia como escritora he tenido el honor de que varios de mis relatos hayan sido seleccionados para formar parte de diversas antologías. Entre ellos “Stella Polaris” en la Antología KALPA IV, Relatos de brujería en Castilla y León (ACLFCFT y Apache Libros 2018), “Yo estoy preparado” en la Antología Terroríficas II

(Palabaristas 2019), “Es su trabajo” en la Antología Susurros II (finalista del II Certamen Literario de Ediciones Negras 2018) y “Duerme mientras vivas” en el recopilatorio del III Concurso de microrrelatos oscuros malditos y de culto (V Muestra de cine Exhumed 2018).

